

ENTRE FUEGOS

Por Paula Alonso R.

En Pampa Guanaco nadie entendía realmente por qué la cabo Rodríguez había decidido irse a vivir allí. Llegó una fría y ventosa mañana de noviembre, hace casi un año, con una maleta y su perro mestizo, *Jack*.

Los pocos pobladores de esta pequeña localidad se preguntaban a menudo qué había llevado a una joven como ella a dejar las comodidades y oportunidades de la gran ciudad, para instalarse en un minúsculo retén fronterizo del extremo sur. Era la única mujer entre los cinco carabineros que habitaban la comisaría. Unos afirmaban que estaba en una comisión de servicio secreta; otros, que la habían destinado allí por castigo. Y, por supuesto, no faltaban los comentarios malintencionados o prejuiciosos.

— Acá jamás va a encontrar marido y está en edad de casarse; la condenaron a la soltería.

— Dijo la recelosa señora del panadero, la primera vez que la vio entrar al almacén.

— Esto es tierra de hombres, no de mujeres carabineras. Tarde o temprano va a pedir un traslado —sentenció el mecánico, con su rudeza habitual.

La cabo Rodríguez era consciente de esos comentarios, pero en vez de intentar acallarlos, los ignoraba y seguía con su labor silenciosa. Su jornada comenzaba siempre igual. Era la primera en levantarse y llegar al retén, a esa hora en que el frío parecía meterse hasta los huesos, y preparaba café para todos. Revisaba el parte de novedades y salía, junto a uno de sus compañeros, a recorrer los caminos de ripio en la camioneta. Al comienzo, sus acompañantes intentaban entablar conversación preguntándole sobre su vida y pasado, pero rápidamente se dieron cuenta que era una mujer reservada. Aunque mantenía siempre un trato cordial, se limitaba a hablar de asuntos laborales. En silencio, desde su ventana, contemplaba el impactante paisaje que los rodeaba: la interminable planicie salpicada de pastos bajos, los matorrales secos que el viento peinaba sin descanso y los pequeños grupos de guanacos que los observaban atentos al verlos pasar.

En la ruta visitaban a las familias de las estancias, ayudaban a pobladores en apuros y, de vez en cuando, guiaban a algún viajero perdido. De regreso en el retén, la cabo Rodríguez almorzaba en silencio y por las tardes realizaba gestiones administrativas. A pesar de esta actitud discreta e introvertida, poco a poco se fue ganando el aprecio y cariño de la comunidad, que reconocía su dedicación constante.

Y así, *ad- portas* de cumplir su primer año de servicio en el fin del mundo, la cabo Rodríguez sentía que se estaba adaptando. Había días de sacrificio, pero también momentos en los que disfrutaba la calma y la vida austera de un lugar que era mucho más que soledad y frío. Una tarde, aprovechando que la temperatura estaba más alta de lo habitual, salió a pasear con *Jack* por los pastizales que rodeaban la ruta. Todo parecía tranquilo, como de costumbre, hasta que escuchó un golpe seco, brutal, seguido de un chillido metálico y el arrastre de grava. *Jack*, que iba unos metros adelante persiguiendo loicas, comenzó a ladrar con furia.

La cabo Rodríguez, vestida de civil, echó a correr mientras pedía apoyo por radio al retén. Al asomarse a la curva, vio una camioneta volcada de costado, con la puerta del conductor aplastada y el motor humeando. Sabía que en cuestión de segundos aquello podía convertirse en una tragedia. Se arrodilló, calmó al asustado conductor, hizo palanca con una rama, logró abrir la puerta trasera y entró por la cabina hasta alcanzarlo. Lo sacó del vehículo justo antes de que el motor soltara más humo y las llamas lo envolvieran.

Las personas que comenzaban a reunirse en la ruta observaron asombrados la escena, para luego romper en aplausos mientras algunos grababan con sus celulares. En pocas horas, el video circuló por todo el sur del país. Cuando la cabo Rodríguez leyó la noticia en el diario local, sintió un nudo en la garganta. No por el hecho reciente que relataban, sino porque la identificaban como la “funcionaria de Carabineros que, hace algunos años, en el momento más complejo del estallido social y en medio de una protesta, sufrió un ataque incendiario con una bomba molotov que la tuvo internada por meses”. Las palabras removieron todo aquello de lo que había intentado escapar.

“Fuego, gritos, el olor a humo pegado a la piel. La sirena de la ambulancia. El hospital, las vendas, las mismas preguntas, los pronósticos desalentadores. Cámaras, micrófonos, titulares. La bullada visita del presidente. La difícil y larga rehabilitación. Y después... el silencio, las miradas, el temblor, el insomnio, el trauma, el miedo... No puedo seguir así. Me tengo que ir, lejos de todo. Pampa Guanaco... solo un retén fronterizo. Allí quizás puedo volver a respirar...”.

Cerró el diario con lágrimas en los ojos. El video seguiría circulando, su nombre volvería a aparecer, y su pasado dejaría de ser un misterio para todos. Acarició a *Jack*, que dormía agotado a sus pies, y miró la pampa desierta por la ventana. Entonces comprendió que, en ese lugar remoto al que había huido para no ser encontrada por nada ni por nadie, había recuperado aquello que creía perdido.

Después de haber sentido que su vocación se desmoronaba, fue precisamente en ese retén diminuto, al borde de la pampa, donde volvió a encontrar el sentido de su labor. Lo veía en el día a día con los pobladores: en sus miradas de agradecimiento, en los niños de las estancias, en los puesteros que la saludaban desde lejos, en el conductor al que había salvado e incluso en los aplausos improvisados.

Viniera lo que viniera después, se dio cuenta de que ya no tenía miedo. Había recuperado lo más importante: recordar por qué hacía lo que hacía. En el fin del mundo —quién lo habría dicho—, justamente en Tierra del Fuego, había encontrado exactamente lo que necesitaba.